

Colación de grados 26 de junio de 2025

Buenos días a todos y todas. Quiero en primer lugar, ofrecer los agradecimientos de rigor, no entendiendo al rigor como la mera convención obligatoria, sino como la reciprocidad amical de un gracias prolongado en muchos años de andar juntos los caminos de la FFyH, que se ha materializado en las doce oportunidades en las que me ha tocado compartir unas palabras en la colación de grado y posgrado, que hoy es la decimo segunda, y la última. Gracias entonces a las áreas nodocentes que hacen posible este acto cada año, muy en especial al área de Enseñanza, que construye este momento con dedicación, cuidado y compromiso, a los trabajadores del área de Comunicación Institucional, al área de Tecnología Educativa, a los trabajadores y trabajadoras de Servicios Generales, a quienes integran la Secretaria Académica y la Secretaria de Posgrado, a los miembros del gabinete, autoridades de escuelas, departamentos, de carreras de posgrado, a los colegas aquí presentes, a los y las estudiantes, y sobre todo a los y las egresadas de grado y posgrado de nuestra Facultad, y, por supuesto, a sus familiares, a sus amigos y amigas.

He decidido encabezar estas palabras, con otras, maravillosas, bellas, verdaderas, de la gran escritora mexicana, Elena Garro, con las que inicia su novela “Los recuerdos del porvenir”:

“Aquí estoy, sentado sobre esta piedra aparente. Sólo mi memoria sabe lo que encierra. La veo y me recuerdo, y como el agua va al agua, así yo, melancólico, vengo a encontrarme en su imagen cubierta por el polvo, rodeada por las hierbas, encerrada en sí misma y condenada a la memoria y a su variado espejo. La veo, me veo y me transfiguro en multitud de colores y de tiempos. Estoy y estuve en muchos ojos. Yo sólo soy memoria y la memoria que de mí se tenga.”

Llegamos hoy aquí, a esta colación de grados, por la senda de la memoria. La antigua Memoria que supo ser una divinidad para los griegos, madre de las Musas, y por ello de ese gran mundo que llamamos las Humanidades.

Venimos enancados, a caballo de la memoria de esta casa, la Facultad de Filosofía y Humanidades, la de la vieja UNC, y la casa de cada uno de ustedes, las muchas casas que nos han formado y habitamos, la casa natal, y todas aquellas moradas en las que hemos sido recibidos con afecto, con verdad, con bondad. La casa de un país, la de una historia y una cultura común y diversa al mismo tiempo, muchas veces conflictiva, la casa más vasta, la de todo lo que late y vive en el impar universo, ese gran viviente, *hyper zoon*, como dijeron los antiguos.

De la experiencia de la formación, del estudio, de la escritura, de la palabra compartida, está constituido el río caudaloso de todo aquello que nos traído aquí, a este momento crucial, porque estamos en un cruce de caminos de las vidas de cada uno de ustedes, en el que el presente es alumbrado por lo que concluye y lo que va naciendo.

Hodie legimus in liber experientiae, decía un monje galo del s. XII aludiendo a las claves de comprensión de la propia vida. En estos años, en las carreras de grado o posgrado que han finalizado, ustedes han cultivado estos modos del saber, las Humanidades, cuyo nombre es perturbador y fecundo, porque alude, ni más ni menos, que a esto que somos o buscamos ser, humanos, humanas, a nuestra común condición, tejida de gloria y miseria, de claridad y tinieblas. Estudiar ha sido siempre y será conocernos, con temor y temblor, con el horror y la maravilla de recorrer la experiencia humana, las memorias complejas de esa experiencia. Eso que llamamos un poco pretensiosamente “pensamiento crítico”, es decir, el acto de una inteligencia que discierne, que puede cribar, que puede excavar en las canteras del mundo del que formamos parte.

Memoria y experiencia entonces, en el corazón de esa enorme creación educativa, política, vital, forjada en la historia común de nuestros pueblos: la universidad pública.

Toda obra humana está tomada por la fragilidad, también esta, nuestra universidad. Y esa fragilidad no se explica por algún factor coyuntural o aleatorio, sino porque todo lo que inventamos, edificamos, erigimos, está sometido al tiempo. Ahora bien, hay una diferencia crucial entre el desgaste que provoca el tiempo, que contiene también en si la posibilidad del cambio, de la mutación, del renacimiento, y el craso ímpetu de disolución presente en las fuerzas de la destrucción. Nosotros y nosotras, quienes participamos de este acto, somos parte de la universidad pública de diferentes maneras: egresados, estudiantes, trabajadores y trabajadoras docentes y docentes, pero también los familiares y amigos que hoy los acompañan, que son parte de esta comunidad en tanto la universidad los comprende también a través de la vida de cada uno de ustedes.

Digámoslo ya, sin ambages, nuestra universidad pública, ésta, la de Córdoba, cuatricentenaria, y nuestra Facultad, que en septiembre cumplirá 79 años, y cada escuela y departamento, y cada carrera de posgrado, está en peligro. Lo hemos expresado muchas veces en estos años, debemos reiterarlo con mayor intensidad hoy, día de paro docente, de jornada de lucha para la comunidad universitaria entera de Córdoba y del país. El peligro no es sólo presupuestario, el peligro tiene que ver, de manera central, con el feroz deseo de extinción de la memoria y de la experiencia de las que está tejido nuestro tránsito por cada una de las carreras de las que egresan, con la destrucción de los modos de la vida común que nos constituyen.

Parece inexplicable que la voluntad del actual gobierno nacional para nuestra casa sea esa, la extinción, parece mentira que hoy se quiera que nuestro destino sea la desolación, la ruina para esta morada en la que vivimos y nos hemos formado, en la que tantos y tantas se podrán formar y podrán vivir, si es que podemos interrumpir ese designio de destrucción.

Pero, bien podemos preguntarnos, en este mundo, en este país, de violencias desatadas en todos los niveles, qué nos queda a nosotros, modestos egresados y egresadas de una Facultad de Humanidades. Nos quedan siempre las palabras. La palabra que es, como decía el monje medieval citado algunas líneas atrás, Bernardo de Clairvaux, alimento y espada. Me gusta esta expresión porque le da a la palabra, al antiguo *lógos*, una materialidad viva

que nos muestra, de un modo patente, que la palabra es junto al cuerpo, en el cuerpo, en el lenguaje que navega en el filo del sonido y del sentido, inasible, concreto, indomeñable. Poner la palabra debería ser también poner el cuerpo. Esta casa que no queremos que se pierda, esta universidad que deseamos ver pujante y crecida, nos demanda entonces poner cuerpo y palabra, en la profesión y la disciplina que cada uno ha elegido, y en el espacio público, para evitar que se convierta en un lugar para el mercadeo, la vanidad, la ambición, o el mediocre individualismo meritocrático. La universidad pública ha de ser un espacio para el encuentro, para el conflicto, para el debate, para el arduo trabajo de la verdad, ese oficio despreciado y siempre necesario, hoy absolutamente necesario. Una voz pública entonces, que no le saque el cuerpo a la historia.

Esta casa está construida con muchas historias enlazadas, algunas son ominosas, a qué negarlo, en esta sala habló el genocida Menéndez en octubre de 1977, señalaba entonces que la tarea de la universidad era completar en el plano del conocimiento, digámoslo con precisión, del adoctrinamiento, lo que el terrorismo de Estado había iniciado por las armas y la violencia sin fin. Miremos de frente esta realidad, para descubrir que la universidad no es un territorio neutro, muchísimo menos las Humanidades, que han tenido, tienen, y pueden tener palabras para la vida y palabras para la muerte.

Pero es sabido, según nos instruye lúcidamente Simone Weil, filósofa francesa de las primeras décadas del s. XX, que podemos elegir nuestras raíces, sabiendo que ellas serán tales si nos nutren y saben resistir la destrucción. La primera resistencia, que también nos llega por el camino de la memoria, reside en no callar, en animarnos a decir NO. Sin ninguna duda, NO al terror genocida y a los intentos de banalizarlo, pero también a esas fuerzas de disolución que acechan con muchos y diversos ropajes, que quieren desfondar las palabras, volverlas mero ruido, apenas moneda de cambio en un sistema de injusticias acrisoladas, consagradas por el mero imperio de los hechos.

Enraizarnos en lo que alimenta implica tener el valor de decir NO para poder, sin miedos, con libertad, con verdad, decir, alguna vez, SÍ. Porque nada grande ni bueno se logra sin coraje, no el falso coraje de quienes se creen superiores o los más fuertes, o los más astutos, sino el que está fundando en la esperanza humilde y firme que puede habitar ese envés de la palabra, el silencio de la escucha, el que descifra signos y encuentra huellas de vida y de nacimiento en la más oscura noche, como nos enseñó, de muchas formas, María Saleme de Burnichón, primera decana de la FFyH elegida en democracia, educadora popular, nuestra maestra.

Traigo aquí las palabras de otra maestra silenciosa, la filósofa malagueña María Zambrano, experta en exilios, en partidas, en hacer de las pérdidas un nuevo hallazgo: “es preciso ir más allá de la propia vida, para estar en las otras vidas”. En la historia común que caminamos y que hoy tiene para ustedes una especial significación la última palabra no la tiene, no la tendrá, la destrucción, como tampoco la ha tenido la muerte. Cada uno de los que estamos aquí como testigos de esa realidad, somos también la memoria de compañeros y compañeras, jóvenes estudiantes, trabajadores, docentes, padres y madres, hijos e hijas, hermanos y hermanas, amigos, amigas, que nos fueron arrebatados, cuyas existencias, historias y voces se buscó

desaparecer. Esas vidas que nos miran con ojos intensos, indómitos, desafiantes, amorosos, desde las fotografías en los pasillos de la facultad, colgadas en las paredes, presentes en espacios comunes, en actos, marchas, asambleas, están con nosotros, entre nosotros, en el grito que reclama por los 30.000, aparición con vida, castigo a los culpables, memoria, verdad, justicia. No es posible negar la historia, lo sabemos desde antiguo, lo dijo Antígona respondiendo a la violencia del tirano Creonte en el momento de la condena: “voy a entrar enteramente viva a la fosa de los muertos”. En esa vida que resiste toda muerte, que puede vencerla aun en la debilidad más extrema se ha conservado algo en medio de la devastación: una palabra que ha echado raíces en la verdad de la propia vida, una forma de la verdad que puede alojarse y alojar otras vidas. Las Humanidades nos ayudan y fortalecen en el camino para encontrar esa palabra, palabras que serán comunes, pero también la que cada uno, cada una, deba forjar en su interior.

Finalmente, les cuento algo a modo de confidencia, yo también egreso hoy, también me gradúo. Este, les decía, es el último discurso que pronunciaré como decana de la FFyH. He tenido el honor de desempeñarme en este oficio, primero como vicedecana, entre 2017 y 2019. Junto a quien fuera decano en ese periodo Juan Pablo Abratte, fuimos elegidos en la primera elección directa de esta Facultad, y ante su inesperado y doloroso fallecimiento tuve que asumir el decanato como lo indican los estatutos de la universidad. A fines de 2021, fui elegida decana en la fórmula que compartimos con Sebastián Muñoz como vicedecano. En unos días terminaremos el mandato que nos otorgó la comunidad de la FFyH. Sobre lo hecho mencionar únicamente que pusimos el máximo empeño en que la autoridad conferida fuera fuente de crecimiento para esta casa, que eso significa ser autoridad, hacer crecer, *augere*. Sobre la despedida que de algún modo constituyen estas palabras, solo decir que están llenas de agradecimiento a tantos y tantas que sería imposible satisfacer mínimamente los deberes de gratitud y justicia que los actos de compañeros, compañeras y colegas de los cuatro claustros merecen en los ocho años transcurridos a cargo de la gestión de la Facultad.

La mejor palabra para ese agradecimiento, y para desearles a ustedes una buena vida y la fecundidad prometida a quienes se dedican con alegría, con compromiso, con honestidad al cultivo de las Humanidades, estos saberes antiguos y actuales, está siempre en un poema. Como despedida y como bienvenida a este tiempo de la historia de cada uno, de cada una, valgan los versos de la poeta mapuche Liliana Ancalao que leeré a continuación. Podrá o no parecerles raro el poema que he decidido regalarles, tiene que ver con la experiencia de contemplar a la luz de la luna a una manada de chulengos, la cría de los guanacos también llamados quillangos.

Sabrán ustedes descubrir las razones de esta elección, he aquí el poema:

yo he visto a los chulengos

yo he visto a los chulengos en manada
iluminados por la luna
cuando aparecen ellos
el invierno se entrega

cubierto de pelusas y de lana
he visto el aire estremecido entre sus ancas tibias
y a la libertad y a la ternura
galopando con ellos
sueltas/ por la tierra
he visto creo
más de lo que merezco:
he visto a los chulengos desde lejos
yo presiento que he de andar más todavía
quién sabe cuánto
hasta vencer el miedo de acercarme hasta ellos
para medirme en sus ojos tan profundos de espacio
y aceptar el milagro de un silencio de nieve
que desprenda la costra/ los últimos abrojos
si resisto es posible que me permitan ellos
sumergirme en sus ojos ingenuos infinitos
estaquearme un instante
en el centro del tiempo
ser la libertad ser la ternura
galopando con ellos
sueltos/ por la tierra
wirafküleyengun engun
kizungechi kom mapu mew